

## *EL ÚLTIMO BAILE*

El viajero a través del tiempo, que entre recuerdos viajó y encontró, en una desordenada habitación, una madre recostada. Desconsolada. A pesar de las suaves y maltrechas sábanas que acarician su piel, la mirada se pierde entre la oscuridad y la tenue luz que ilumina su propio rostro. No hay preguntas, solo un devastador silencio el cual, en su mórbido vaivén, no deja atrás más que un sabor amargo y un ligero olor a sudor.

En su mente, cinco pequeños dedos se aferran a los suyos. Un abrazo que la envuelve cual viento cálido en verano. Una sonrisa que brilla más que cualquier estrella conocida. Los dulces pensamientos de lo que alguna vez fue una madre retumban en las paredes garabateadas, dando paso al siguiente recuerdo que apareció como un intruso en su lamento.

Los pasos de una danza pueden ser escuchados, un nuevo y brillante vestido rojo que se balancea parecido a flor en su corazón. Risas y tropezones llenan el inquietante espacio de ese desolador comedor. Una joven amapola, que bajo su luz guía, gira al compás de esta nueva sinfonía.

De repente, cual estrella fugaz colisionando en el firmamento, otro recuerdo se abre paso. Uno mucho más amargo y desolador. Los gritos hacen eco por todo el apartamento. Y en su pobre memoria, solo la cara del hombre al que alguna vez le prometió su amor se deja contemplar. Una cara llena de furia y dolor.

Los brazos pugnan y se resquebrajan en cascadas de ríos grana. ¿Cuándo pararé? Retumba su voz en este último recuerdo. Las jeringuillas esparcidas por el suelo únicamente son prueba de que, por muchas dosis que haya, la realidad siempre volverá para azotarla.

“Desearía haberte comprado más vestidos.” Retumban sus pensamientos contra el sueño y su aliento.

“Debería haber pasado más tiempo junto a ti.” Sus ojos se cierran cual muerto en su entierro.

“Hubieras sido tan feliz..., pero conmigo te volviste miserable.” El cuerpo no puede con tantos pesares y se revuelca llorando mares. Lo ha perdido todo.

Y en sus recuerdos la imagen de aquella joven y radiante amapola se irá desvaneciendo. Pues por mucho arrepentimiento que surja, no hay salvación que la salve de la penumbra. Aquella amapola no volverá a bailar para ella nunca más, concedió su último baile y fuera de su vista se quedará.

“Te quiero, Mamá, gracias por todo.”

No se sabe cuánto tiempo pasó hasta que el estridente sonido de un despertador rodeado de billetes arrugados rompe el silencio. Su jornada habrá terminado, pero el viajero del tiempo, como siempre, retrocede de nuevo.

Sofía Jáuregui González – 2.º ESO A